

# LA UNIVERSIDAD

**S**ERÍA ingenuo pensar que no existe agitación política —de diversos signos— en la Universidad. De siempre, los extremismos se han movido como pez en el agua dentro de una comunidad tan sensible como la universitaria. A cuenta de los últimos incidentes estudiantiles en Madrid y otros distritos universitarios, se ha insistido mucho en esta ingerencia de grupos políticos en problemas académicos.

Pero el que los extremistas —desde la derecha hasta la izquierda, pasando por los simples alborotadores— hayan intentado llevar a su molino el agua, un malestar estudiantil o profesional no justifica la politización, «al revés» de lo que está sucediendo en la Universidad.

Quisiéramos primero resaltar que la politización universitaria, en su más noble sentido, no es rechazable. Un universitario y político como don Fabián Estapé —actual subcomisario del Plan—, ya dijo, siendo rector de la Universidad de Barcelona, que un universitario apolítico era un idiota. En su día, esta afirmación, totalmente lógica, causó algún estupor. Pero el señor Estapé sólo quería expresar con aquella frase que es un contrasentido estar «aprendiendo a razonar» y, al tiempo, negarse al más general de los razonamientos: el político.

Lo que ocurre es que en momentos de inquietud o anomalia universitaria el país se altera y quisiera trasponer el colegio a la Universidad con un «slogan» falsamente coherente: «Los estudiantes, a estudiar.» Ciertamente que no era esta la consigna del viejo S. E. U. Aquel Sindicato buscó la politización estudiantil en un momento histórico irrepetible y superado, pero tenía razón en una cosa: en que los universitarios tenían que estudiar, junto a las materias objeto de examen, toda la problemática de la Universidad y del mundo profesional en el que se iniciaban. Estudio —por supuesto— en colaboración con las autoridades académicas y corporaciones profesionales.

Todo esto debe tenerse en cuenta porque hay dos formas de enfocar erróneamente el actual malestar universitario. La primera, creer que en las alteraciones académicas nada ha tenido que ver el activismo de los extremistas; la segunda, estimar que ese activismo es la causa primera de la crisis surgida en una Facultad o en un distrito universitario. Caer en este segundo error es, precisamente, politizar «sensu contrario» el problema de la Universidad. Y ni una ni otra politización conviene a ese ayuntamiento de maestros y discípulos, del que escribió Alfonso X al definir a la Universidad.

Quien haya seguido de cerca los verdaderos «sucesos» de la Facultad de Medicina y Hospital Clínico de Madrid (Universidad Complutense) convendrá con nosotros en que lo sustancial ha sido un enfoque global dado por estudiantes y profesionales al problema sanitario español, desde la enseñanza de la Medicina a la organización hospitalaria. Y ese enfoque no ha sido en ningún momento de banderías, aunque otros «políticos» lo hayan aprovechado para manifestarse en las calles y a pedradas.

Nada preocupante hubiera ocurrido de no ser por un fallo de base: la representación estudiantil. Al empezar el curso no se lograron unas elecciones aceptables para la mayoría, y a la hora de los problemas, el Rectorado o el Decanato de Medicina no han tenido una representación estudiantil legal con la que dialogar. El planteamiento de un plan de estudios de Medicina, tan ambicioso en su espíritu como corto en su financiación, fue finalmente la espoleta de la crisis médica.

De ahí se saltó a la solidaridad de los médicos con los estudiantes y al traslado del problema desde las aulas a las salas de los hospitales; desde el «plan nuevo» a las cien mil camas que le faltan a nuestra Sanidad; desde la remuneración del curso rotatorio, al paro y subempleo de unos profesionales, paradójicamente escasos.

Ahora, después de una visita de los estudiantes al ministro de Educación, el Rectorado de la Complutense ha devuelto su matrícula a los estudiantes sancionados. Es una medida acertada, que permitirá la reanudación de las clases, interrumpidas en Medicina desde noviembre. Se abre al tiempo, de esta manera, un compás de diálogo, en el que los estamentos docente, discente y profesional pueden y deben encontrar un punto de acuerdo.

Pero al tiempo que reprobamos la politización pequeña e interesada de estos problemas y su ventilación en las esquinas, queremos escapar al error de apreciación de suponer que todo ha sido exclusivamente cosa de la «rebelión estudiantil» y que, restablecida la disciplina académica, ya no hay problema ni crisis. La Sanidad española sigue necesitando una urgente y drástica puesta al día, desde las Facultades hasta su ubicación administrativa. Es un anacronismo que tengamos a la Sanidad desparramada por un sin fin de departamentos. Y no es justo ni lógico que, implícitamente, se disuelva el paro médico con el «numerus clausus» —según la O. M. S., necesitamos más médicos por habitante— o con el paro encubierto de muchos cursos rotatorios.

Pedimos serenidad y flexibilidad a todos los que deben ahora estudiar las deficiencias de la Sanidad del país. Recordemos todos que si hay algún indicativo por el que pueda apreciarse sin error el grado de desarrollo de una sociedad, es el que ofrece el capítulo sanitario.